

ENTRE “MAESTRO IGNORANTE” Y AMIGO ESTIMULANTE

Salvador Salazar Gutiérrez

*H*ace algunos años, bajo un consejo de una profesora querida, nos recomendó la lectura del libro *El maestro ignorante*, del filósofo francés Jacques Ranciere. En ese momento, el propio título daba cuenta de una curiosidad al colocar como eje central de su argumentación, el “ser ignorante” no como una etiqueta de descalificación y desvalorización, sino como un punto de partida en la búsqueda de otras maneras de aprender de la mano en trayectorias compartidas. A partir de la tesis “todos los hombres tienen la misma inteligencia y su enfoque de emancipación intelectual”, el filósofo francés sostiene que toda persona puede aprender sin la necesidad de enfrentar ante él la figura de un “maestro explicador”. Recuperando la visión educativa en el siglo XVIII, de un pedagogo francés de nombre Joseph Jacotot, planteó que es necesario invertir la lógica del sistema explicador, es decir, la explicación no es necesaria para remediar una incapacidad o falta de entendimiento de una idea o una acción. Detrás de la figura del maestro explicador, lo que se traduce en un tejido basado en una relación de poder, de sometimiento frente a un aprendiz moldeado como incapaz, produciéndose un acto perverso entre un maestro explicador y un alumno incapaz de comprender sin la explicación.

En 1995, nuestro recién ingreso al programa de Sociología en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, si bien era acompañado de una expectativa propia de la etapa de juventud universitaria que es una de las más bellas que puede experimentar una persona, también era un momento de incertidumbre frente a qué otorgaría una formación de un programa que, en general, suele ser visto como no tan bien valorado en el “exitoso” mercado laboral. En esos primeros meses, entre los compañeros con quienes iniciamos una relación de amistad, se nombraban diversos nombres de profesoras y profesores, acompañados de la valoración o comentario de “es muy duro”, “es a todo dar”, “va a estar c...”, “ni hablar, tienes que leer un ch...”. En particular, nos decían de un profesor proveniente de la región purépecha en Michoacán, antropólogo estudioso de fenómenos relacionados como las religiones, fundador de la carrera de Sociología junto con el licenciado Felipe Martínez Rizo (quien era candidato a dirigir la rectoría en la UAA en la administración siguiente), y a quien se solía señalar como de bajo perfil, pero de gran exigencia.

Tercer semestre, materia de Teoría Social II, llegamos temprano a la sesión inicial, porque sería la primera ocasión que entraríamos en contacto con el doctor Genaro Zalpa. Previo a su ingreso al salón, comentábamos las y los compañeros cómo nos iría, en qué plan llegaría, qué tan duro y complicado sería la materia con él. A los minutos aparece, con un par de libros tomados de la mano, un par de plumones, y dirigiéndose a la mesa al frente del salón que era la comúnmente utilizada por las y los profesores, comienza el ritual de pase de lista y presentación del curso. Un rostro serio, pero a la vez denotando calma y con un tono de voz que te embelesaba al escucharlo. Ese fue nuestro primer momento de contacto con él. Con el paso de los meses, y respaldados en el cobijo y resguardo de ese profesor ignorante que se separaba del perfil dominante del maestro explicador, comenzó un recorrido y vínculo que con el tiempo fue cada vez más estrecho, al grado de ser invitados a participar

como colaboradores en proyectos de investigación en diversos momentos durante nuestra formación avanzada en la carrera.

Nos marcó la oportunidad de trabajar en específico en un proyecto de investigación en torno a la cultura empresarial y las redes familiares tradicionales que se entretajan alrededor de las empresas textiles en Aguascalientes a finales de los noventa. Con una habilidad propia de un antropólogo que daba cuenta de un bagaje conceptual y metodológico fascinante, acompañamos durante varios meses el trabajo de campo al interior de fábricas de textiles para conocer, a partir de un denso trabajo etnográfico, el impacto que implicaba el cambio generacional y las redes familiares en relación a la productividad y visión de la empresa.

En particular, no podemos dejar a un lado un momento clave en nuestra formación no sólo profesional, sino en general como personas. Genaro –con el tiempo, así fuimos llamando a aquel gran profesor antropólogo originario de Michoacán– no sólo por su conocimiento en el campo de la antropología y de los estudios culturales, sino, en particular, por su región de origen, nos había inculcado el conocer acerca de los movimientos indígenas recientes que, a partir del levantamiento zapatista, fueron gestándose en diversas zonas del país. Fue ahí, y por diversas causas que el destino nos permitió, que nos involucramos en el Frente Zapatista de Liberación Nacional y, gracias a ello, el poder entrar en contacto directo no sólo con la comandancia general del EZLN –platicando en una ocasión con el Sub Marcos en La Realidad, Chiapas–, sino en general con las y los indígenas campesinos de la región Lacandona con quienes, en particular, iniciamos un vínculo de amistad estrecho que ha marcado en gran medida nuestra perspectiva en torno a la vida.

Iniciamos el texto haciendo referencia al libro del filósofo francés Jacques Ranciere, y efectivamente ello tiene una intención: haber sido bendecidos por la vida académica compartiendo salón de clases, espacios de trabajo de campo, así como espacios informales fuera de las aulas, ha sido un privilegio

junto con nuestro querido formador Genaro Zalpa. La deuda es inmensa, los pequeños logros que cada uno de nosotros hemos conseguido son resultado de la gratitud que tenemos con quienes nos formaron no sólo académicamente, sino como personas. Y ahí, Genaro, tiene un lugar privilegiado que guardamos con enorme cariño. Ante ello sólo podemos decir, muchas gracias, doctor.